

DOMINGO 5º. DE PASCUA, CICLO C

UNA CENA SIN PROTOCOLO Y SIN INVITACION



La ultima Cena tuvo para Cristo como para sus apóstoles y para toda la humanidad una importancia decisiva y

estuvo plagada de situaciones encontradas, el gozo de regresar a su Padre, la tristeza de dejar a los suyos, la entrega suya de lo máspreciado, su propia vida convertida en alimento y bebida para los suyos. Y algo relevante en aquellos momentos, fue la traición de Judas, uno de los doce, de los que el mismo Señor había elegido. Cristo tuvo que convivir con él en la cena, hasta que el mismo Judas tomó el camino para la entrega que él mismo ya había pactado. Cuando Judas se retira, Cristo comienza a hablar de su muerte y al mismo tiempo de su propia glorificación, pues no cabe duda que su muerte y muerte en cruz, sería la gran humillación, pues los

romanos la habían convertido en instrumento de tortura y de muerte para los criminales y los traidores a la causa romana. Pero fuera de la cruz maldita, quedaba la glorificación que el Padre haría de la propia persona de CRisto, pues su entrega no fue obra de su obediencia a la voluntad del Padre sino una entrega amorosa de su propia vida, por eso era necesario una respuesta clara, patente y visible para todos, que llegó al tercer día con su vuelta a la vida y al amor.

E inmediatamente, como uniendo su propia entrega, Cristo pronunció solemnemente el mandato de su amor: "HIJITOS, TODAVÍA ESTARÉ UN POCO

CON USTEDES. LES DOY UN MANDAMIENTO NUEVO, QUE SE AMEN UNOS A LOS OTROS, COMO YO LOS HE AMADO Y POR ESTE AMOR RECONOCERÁN TODOS QUE USTEDES SON MISMA DISCÍPULOS.”

Un mandamiento nuevo, ¿de qué se trata? Porque el mandamiento ya existía desde el Antiguo Testamento, es verdad, pero a partir de su Pascua, el amor de Cristo a la humanidad y el amor de los hombres entre sí, sería fruto precisamente de su Pascua, de su entrega y de su generosidad. Es nuevo, pues, porque cada día se renueva, y va transformando este mundo, haciéndolo no meramente humano, sino divino, una

reproducción del amor que se vivirá en la casa del Buen Padre Dios. De manera que ese amor que pide Cristo no es de cualquier manera, no será de ninguna manera un amor “light” como el que estamos acostumbrados en los productos que consumimos e incluso en el que se dan los jóvenes que pretenden que sin compromiso se dan un amor que no se entiende sino como un disfrute corporal que se agota y se evapora en cuando cesa la pasión y el deseo. Cristo va mucho más allá, y pide no filantropía, no precisamente ayudas aisladas, “ayúdense unos a otros, sírvanse unos a otros”, efímeras, pues efectivamente se pueden urdir ayudas y obras de beneficencia,

pero teniendo lejos el corazón que no interviene en esas obras porque está ausente el amor. Los clubes sociales organizan campañas de ayuda a las clases necesitadas, ciertamente, que efectivamente son beneficios para la población, pero se puede ser injusto al mismo tiempo con aquellos a los que se pretende ayudar, cuando se les niega por ejemplo un salario justo para sus necesidades y las de su familia.

Y ya mis lectores se van convenciendo de lo que Cristo afirma: sólo el que ama, puede ser discípulo suyo siendo ese amor el distintivo de los que siguen a Cristo. Es posible colgarse una cruz al cuello y dar la impresión de que ya se es cristiano, pero

esa misma cruz la portan los narcotraficantes, los que comercian con la vida humana y los que esclavizan a sus hermanos son salarios de muerte y con prestaciones que están lejos de lo que el sentido común exige. Parece pues, que el amor debe estar por sobre cuestiones de culto, sobre las y sacrificios, como dice acertadamente san Vicente de Paul: “Es preciso abandonar a Dios por Dios”, lo mismo que decía Cristo: Si cuando vas a dejar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de un detalle, de alguna pita que está desatada con tu hermano, primero reconciliate con él y luego vuelve a entregar tu ofrenda.

Finalmente recordemos lo que el Señor desea: “Ámense como yo los he amado”, lo cual nos mete en un verdadero problema del que el mismo Jesús nos sacará, pues nos da su Espíritu para que nosotros podamos comprometer nuestra propia vida tratando de salvar o de ayudar al hermano.

Queda pues claro que el amor engendra vida, la muerte no, y si queremos seguir el mandato del Señor, el amor hará que espontáneamente surja la vida y la paz y la alegría entre los hombres.

Deseamos que ese amor redentor de Cristo y ese amor entre los hombres, brille y resplandezca como la mejor

herencia que cristo pudo dejarnos, sobre todo en estos días de la Pascua del Señor.

P. Alberto Ramírez Mozqueda desde alberami@prodigy.net.mx